

alma de un pueblo; pero riesgosa su situación en el campo político. Algunos de sus admiradores decían de él lo que un ex alumno exclamaba de José Vasconcelos: "Que lo prefería en su sitial de conductor sereno de

juventudes, que no en el terreno apasionado de la política". Masferrer hacía patria, y patria perdurable, en la tribuna, en la cátedra, en el libro, en el folleto, en el periódico.

## Llano y complejo canto del amor

(En el Rep. Amer.)

Porque el amor me atormentó,  
te adoro yo.  
—¿Cuándo te conocí?  
—No sé.  
—Sentí,  
algo en mi corazón,  
y eso fué...  
—¿Otras mujeres amé yo?  
—Sí.  
—Y si yo las amé, ¿adónde están?  
—Ellas han muerto.  
—¿Y las recuerdo yo?  
—Sí.  
Brillan en los bosques solares,  
altas, radiosas, esplendentes,  
y lloran sus pesares.  
Son mis novias lejanas:  
son como Annabel Lee  
del mar en la ribera de turquí;  
como Ulalume  
en el lago de Auber  
tan misterioso,  
y como Ligeia,  
bella, imponderable:  
poenianas,  
extáticas,  
profundas;  
o como la Djenana de Loti  
allá en el Bósforo;  
como Mireya de Mistral  
allá en Provenza,  
y como la francisjammesca  
Clarita Ellebeuse,  
y la dulce Rosario que en el verso  
rasgó su vida por Polimnia el canto,  
Mas yo amo el polen vital de lo que existe  
en la corola que perfuma al viento;  
en la mujer la forma,  
la caricia,  
el sentimiento alado,  
—voz de seda—  
y el arrullo en celo de los pájaros  
que encienden su plumaje  
entre los grandes bosques  
de maraña salvaje  
y la bestia relincha  
ahita del vigor de sus entrañas.  
Además de todo esto,  
en mi organismo  
palpita la Belleza  
y siento a Dios en mis corpúsculos  
integrando mi ser,  
como lo está en la hormiga  
y en la lumbre del sol del Universo  
que rota eternamente en lo infinito,  
como un átomo,  
como una mónada  
imperceptible.  
Porque también me agita en cólera  
la mísera justicia de los hombres  
y Temis llora de dolor,  
mas no vencida,  
porque a su diestra tiene el rayo  
de Júpiter  
y Némesis vengadora  
hecha de fuego,  
fulmina...

Y por esto yo amo,  
y por esto yo canto  
esta salmodia helénica y sublime  
que esculpiría Fidias en el mármol,  
en las columnas jónicas  
y en el pórtico del Parthenon.  
Grande es Homero,  
Sófocles,  
Esquilo,  
y mi gran padre Platón  
que captó el verbo  
de Sócrates  
hasta el momento en que bebió cicuta.  
Yo prosigo,  
yo soy  
el mismo verbo que en los siglos canta,  
el ritmo,  
la armonía,  
la palabra  
y el color que centuplica el prisma  
en la paleta del Renacimiento  
que fué magia en Leonardo  
y habló en el *Moisés* de Buonarrotti  
y en el lienzo de Rafael de Urbino.  
Yo soy el vate,  
el inconsciente  
y digo frases que estremecen,  
hondas como el océano  
y altas como el cielo,  
porque siento la lírica pindárica,  
Tasso en *Jerusalem*,  
Camoens en *Las Lusíadas*,  
Homero en *La Odisea*  
y además *La Ilíada*  
que estremeció la Itaca;  
vibro en el *Ramayana* milenario  
y en el *Bhagavad-Gita*,  
cántica de las criaturas;  
y en la mística de Ávila,  
sus *Moradas*;  
en *La Ciudad de Dios*  
de aquel que un día  
apostató contra los maniqueos;  
en el *Paraíso Perdido* de Milton  
y en la *Biblia* inmortal.  
Porque oigo la música divina  
de las sinfonías de Chopín  
y en los *Nibelungos* de Ricardo Wagner.  
Es el Arte,  
clasificado por los hombres,  
—los iconoclastas—  
insatisfechos de las formas,  
el Universo,  
que es el Proteo mágico y abscondito,  
el ansia que renueva,  
y como Atlas  
lleva en sus hombros  
el peso de la Tierra  
sobre el dorso.  
Adelante,  
yo voy solo por el mundo  
en la cumbre mayor que marca Cronos.  
Sólo falta Beatriz,  
la imponderable,  
o tú, que eres el Trino,  
para seguir mi ruta desalado  
sobre el misterio de los elementos,

ya en el agua lustral que es pozo vivo,  
o sobre el viento eólico errabundo  
que al fuego inflama en lenguas colosales  
purificando lacras de la tierra,  
la única Madre  
y entre todas, única,  
para la Humanidad  
por su hecatombe.  
Bajo el plafón de los supremos astros  
geometriza el poeta,  
—cálculo pitagórico infinito,—  
las Osas giran  
y siguen los Dióscuros,  
Antares, Escorpión,  
las Pléyades  
y Yo  
que soy un microcosmo humano,  
confundido  
en el sencillo mecanismo  
etéreo.  
Y Yo paso,  
pero en la eternidad de Dios  
soy inmortal.

Armando OCON MURILLO.

Managua, D. N., Nicaragua.  
24 de noviembre de 1947.

## Historicismo o Metafísica

(En el Rep. Amer.)

### III

En el campo de la realidad social y en el terreno mismo de los conocimientos teóricos, dos acciones se destacan: la humana y la técnica. De ellas emergen sendas experiencias. Interrogado Unamuno acerca de la objetividad, respondía: ¡Usted será un objeto! ¡Yo soy un sujeto! Por ello, por nuestra condición de sujetos, el humanismo no puede ni debe ser rechazado en nombre de la llamada "seguridad científica", la cual merece considerarse, en el ámbito de una experiencia histórica ya dilatada, como la seguridad de prestarles, a las hipótesis, las categorías que corresponden a los valores universales.

En las esferas de las ciencias sociales contemporáneas, las geniales construcciones de Dilthey y de Weber, disputan ahora la supremacía. Este último, en sus densos estudios, con apoyo en procesos de causalidad alcanzó la teoría de los "tipos ideales"; tesis que el mencionado autor mantiene en un marco de respeto escrupuloso a las sucesiones y coexistencias propias del acontecer humano, con lo que logra conservar cierta afinidad con el criterio de Kant. Pero, Dilthey, ve y va más allá: a él le preocupa, fundamentalmente, el curso creador humano. Y pretende abarcar ese curso, partiendo de la vida misma. De la vida histórica, desde luego; vida que le presta a la experiencia humana, el grado máximo de certidumbre.

De acuerdo con la tesis de Weber, lo nuevo apenas se determina en el valor que asignamos a las cosas. Un mero cálculo de interés explicaría así los hechos por él analizados en su sociología comprensiva. Como si tuviesen procesos genéticos análogos a los de las cosas naturales, los productos de la personalidad conviértense en simples fenómenos humanos. Dilthey nos eleva, en cambio, a alcanzar no sólo el conocimiento de los nexos efectivos en el